



*Berlín: Más que solo
pasado, presente*

ROCÍO E. TRINIDAD Y PABLO A. NIETO PASSANO*
FOTOS: JUAN CARLOS TORRES NORIEGA

Antes de llegar a cualquier lugar, es inevitable tener una o varias construcciones ideales de lo que será nuestro destino. Fuentes diversas, escritas y visuales, así como nuestras experiencias previas, dan forma a las representaciones mentales de los lugares que vamos a visitar. En nuestro caso, como peruanos: el conflicto armado interno, el imperativo de no olvidar para no repetir, los memoriales, la tensión entre la historia y la memoria eran temas recurrentes que avivaban nuestra curiosidad por saber qué y cómo sería “realmente” estar en Berlín. Lo que sigue es una breve descripción del descubrimiento de aquella ciudad, y de cómo a través del tiempo se ha logrado procesar el pasado sin que este se ancle en el presente, antes bien haciendo de lo aprendido una práctica de cara al futuro.

Ni bien uno llega al aeropuerto Schönefeld de Berlín, encuentra a disposición un sinfín de opciones turísticas en todos los idiomas para vivir la ciudad y su historia. Rutas a pie, en bus, en metro, para conocer el Berlín del Tercer Reich, el Campo de Concentración de Sachsenhausen (memorial y museo), la Guerra Fría en Berlín del Este, la vida detrás del Muro y el Tour de Barrios, son los típicos al interior de la ciudad, y en las afueras, los jardines y palacios en Potsdam. En un primer encuentro es el pasado lo que impacta, aunque “la ciudad pobre pero sexi”, como también se le conoce, es eso y más.

Eso no significa que la ciudad soslaye su memoria sino que, más que recitarla como una letanía, en la práctica está atenta y dispuesta a no repetir aquellos funestos hechos de su historia. El tiempo ha sido su gran aliado. Este ha permitido analizar el pasado, procesarlo y tener una actitud proactiva para identificar lo que pueda perturbar el clima de armonía

alcanzado. En Berlín, pasado, presente y futuro confluyen. El pasado no se vive en el presente, sino que es la lección que el presente no olvida y que utiliza para construir un mejor futuro. En ese orden de ideas, la ciudad no se comercializa como un centro de grandes tragedias, como tampoco en las visitas guiadas es el detalle necrófilo lo que prima en el recuento de los hechos históricos. Por el contrario, la ciudad se presenta como un eje cultural que tuvo un período de oscuridad que busca remontar. Hoy, Berlín es punto de atracción para artistas y estudiantes, una ciudad abierta a la diversidad.

Esta apertura a la diversidad cultural y sexual de Berlín no es producto de la posguerra, ni de los años de represión soviética. Es una característica de la ciudad que tiene más de trescientos años, cuando en el siglo XVII, buscando el crecimiento económico de la región, Federico Guillermo de Alemania permitió la migración de refugiados hugonotes provenientes de Francia y promovió la construcción de importantes edificios para el culto de sus actividades religiosas. Una expresión de ello aún se puede apreciar en la Gendarmenmarkt Platz, en la cual se ubican, uno al frente del otro, el Domo Francés

* La primera es antropóloga, profesora de la Maestría de Antropología Visual de la PUCP. Nieto Passano es abogado por la PUCP, especialista en derecho corporativo.



Estatuas del barrio judío en Berlín. Miles fueron enviados al exterminio ante la indiferencia del ciudadano alemán promedio, silenciado por el miedo.

(para el culto de los hugonotes) y el Domo Alemán (para el culto de los luteranos). En esa misma línea, Berlín estuvo a la vanguardia de los estudios sobre la sexualidad humana. En efecto, en la ciudad se ubicó, desde comienzos del siglo XX, el Instituto para la Ciencia Sexual, cuyos miembros fueron reprimidos por los nazis y sus archivos y libros quemados por Hitler en 1933 en el Bebelplatz, lugar en el que hoy se encuentra un memorial que recuerda este hecho.

Fue justamente el 10 de mayo de 1933 y frente a la Universidad Humbolt, en claro desafío al conocimiento letrado, en un acto de intolerancia que marcó el inicio del oscurantismo propio de los fundamentalistas nazis, que las juventudes hitlerianas realizaron la quema de más de cuarenta mil libros provenientes de las universidades, centros de estudio y cualquier entidad cultural que difiriera de su ideología. De igual manera, a partir de ese momento se inició la persecución

contra los homosexuales, gitanos y otras minorías, quienes fueron enviados a los campos de concentración.

Al igual que el cuerpo humano luego de un combate presenta heridas y cicatrices, Berlín tiene las suyas. Desde los orificios de las balas dejadas ex profeso en las paredes de los edificios de la Isla de los Museos, hasta quizá la más famosa, el Muro de Berlín. Franja de 156 kilómetros que aisló a los alemanes orientales y a sus principales edificios históricos y gubernamentales previos a la guerra del resto de Alemania y del mundo. Recuerdos de ese tiempo de división (1949-1990) se encuentran concentrados en el museo de la República Democrática Alemana, lugar donde los visitantes pueden interactuar libremente con objetos cotidianos personales de ciudadanos comunes, militares y burócratas. Es un espacio lúdico donde los turistas actúan *como si* vivieran en ese tiempo. Sentándose, por ejemplo, en un escritorio bajo la sombra de grandes cuadros de Marx, Lenin y Mao, se inmortalizan actuando como burócratas de la RDA. Ficción que termina cuando al finalizar el recorrido se cruza una puerta, que simula ser un muro, que a diferencia del verdadero se abre automáticamente, y al hacerlo se prende un letrero que dice: libertad.

Precisamente los amplios espacios libres que ha dejado la caída del Muro muestran al visitante que la ciudad se encuentra en un constante proceso de construcción y reconstrucción. Impresión que no se tiene en otras capitales europeas. Ciertamente la ciudad, masivamente destruida como producto de la Batalla de Berlín durante la Segunda Guerra

Mundial, que según algunas referencias dejó en escombros más del 75% de esta, y luego ocupada por los soviéticos, que mantuvieron en su poder la parte más turística (la Isla de los Museos, la Catedral, la Puerta de Brandeburgo, el Reichstag, Alexander Platz, Gendarmen Platz y todos los edificios palaciegos ubicados a ambos lados de la "Under den Linden", la casa de la ópera, entre muchos otros), sigue siendo materia de constantes modificaciones urbanísticas. En un rápido recorrido por sus calles se observa maquinaria pesada de construcción, señales que indican la reconstrucción de edificaciones respetando, en algunos casos, los planos originales, y otras intervenciones totalmente nuevas.

Como ejemplo podemos citar los debates generados por la reconstrucción del Palacio Real, que fuera demolido por los soviéticos luego de la invasión de Berlín y de la construcción, en su reemplazo, del Palacio de la República, el cual también fuera demolido a mediados de 2000. Las discusiones se centran en el uso que hacía el Régimen Nazi de las instalaciones del Palacio y las reivindicaciones que estos hacían de la preponderancia prusiana sobre otros países europeos, así como las grandes cantidades de recursos económicos que se destinarán a esta obra.

Para mencionar algunas incoherencias de la posguerra, la histórica Puerta de Brandeburgo se encontraba en una zona denominada la Franja de la Muerte, en la que se apostaban tanques y guarniciones militares que hacían de este mítico lugar uno de los ambientes menos amigables de la ciudad ocupada; sin embargo, hoy es un importante centro cultural y comercial



Y la vida continúa... Berlín está en la lista de las grandes movidas de Europa; juventud y memoria deben ir de la mano.

rodeado de galerías y lujosos hoteles, que difiere drásticamente del resto de la parte oriental de la ciudad, caracterizada por la austeridad de las líneas de las construcciones realizadas por los soviéticos, básicamente edificios multifamiliares o de oficinas gubernamentales.

Un hecho que llama la atención al visitante es que salvo lo que fuera el Ministerio de las Fuerzas Aéreas de la Alemania de Hitler, ha sido derribada o desaparecida toda referencia al régimen

nazi. Irónicamente, a escasos metros de lo que fuera el Bunker de Hitler, del cual hoy solo tenemos noticia por un sencillo afiche pegado sobre un panel de madera, al lado del cual se ubica la zona de estacionamientos de modernos edificios, se encuentra el monumento al Holocausto. Se trata de 2711 bloques de concreto de distintos tamaños ubicados en 19 000 metros cuadrados, y dispuestos de tal manera que deambular por los pasadizos que se forman entre las moles de hormigón,

caminando sobre un piso irregular, genera de inmediato una sensación de confusión y caos, que es precisamente lo que su autor, el arquitecto estadounidense de origen judío Peter Eisenman, buscaba producir en el visitante.

Otros menos llamativos y que pasan desapercibidos para el visitante distraído en su camino por la ciudad son los Stolperstein o Stumbling Blocks. Estos son pequeños memoriales con los que se busca recordar a las víctimas del Holocausto. Son placas de metal incrustadas en las baldosas del piso de aquellos edificios en los que habitaron los judíos que fueron enviados a los campos de exterminio, precisando el nombre, las fechas de nacimiento, captura y muerte, así como su lugar de destino. En el barrio del Hakescher Mark, que hoy alberga cafés, galerías, restaurantes de todas partes del mundo y tiendas para turistas, se pueden apreciar a la entrada de los amplios patios estas placas, contrastando de alguna manera con lo pujante de una zona comercial y residencial en crecimiento.

Si bien Berlín es una ciudad que vive del turismo, y que la caída del Muro y la unificación alemana han abierto la posibilidad de usar los mecanismos que da el mercado, aún en buena parte de los restaurantes, supermercados, tiendas y en la vida cotidiana general no es muy frecuente el uso de las tarjetas de crédito y débito. No nos aventuramos a decir que eso es producto de la escasez de la guerra o del impacto de la experiencia socialista; deben existir seguramente otras explicaciones. Lo cierto es que la práctica de la austeridad, no gastar más allá de lo que

se tiene, es un buen balance que asombra en esta época en la que impera el consumo y el consumismo extremo.

Son justamente esas diferencias, y sus contradicciones, las que constituyen el atractivo de Berlín. No tiene la deslumbrante belleza de París, el romanticismo de Roma, ni la monumentalidad de Madrid. No los necesita. Berlín es pobre, pero sexy: Moda (Berlin Fashion Week), cine (Festival Internacional de Cine de Berlín) y música (Musik Fest Berlin) hacen de esta ciudad una parada impostergable en el recorrido europeo. Convoca, en invierno y en verano, a todo aquel que busque vivir y crear intensamente. Recorriendo sus calles, ya sea bebiendo un vino caliente con canela o una cerveza en algún parque tomando sol, o sentado en la vereda al pie de un grafiti, o caminando por su elegante Under den Linden, es posible ver cómo se abren paso galerías, talleres y ferias. En otras palabras, viviendo el presente desencadenado de los atavismos perniciosos del pasado, los berlineses hacen de la memoria una práctica más que un discurso comercializable.

Regresando, al final de nuestro recorrido, al punto de partida, y sin la intención de comparar lo incomparable, nos preguntamos si en algún momento lograremos que los memoriales tengan la esperada eficacia simbólica en el Perú, si algún día podremos expulsar el pasado que anquilosa el presente y tiñe nuestras peores prácticas: corrupción, racismo, homofobia, etc. Y si, finalmente, conseguiremos que el hacer memoria deje de ser un mantra vacío para ser práctica cotidiana en el presente. ■